

San Juan de Luz 26 de Junio de 1948
Sr. D. Amós Salvador
New-York

Querido amigo: Al contestar su carta del 22, recibida ayer, comenzaré por decirle que también a mí me resulta gratísima oírle o leerle y que, con sigüientemente, no me produce fatiga alguna la correspondencia con Vd. sino que, por lo contrario, me sirve de deleite. De modo que puede Vd. seguir escribiendo largo y tendido bajo la seguridad de que yo le contestaré con toda la frecuencia y extensión posibles. Me explico su incertidumbre acerca del partido de Izquierda Republicana en España, dadas las versiones contradictorias que ante Vd. llegan. Yo, al respecto, nada puedo aclararle. "Pedro Prada" me pareció un hombre sincero, aunque en materia política todos procedemos siempre con cierto apasionamiento que puede desfigurarse la verdad. En este caso acabo de encontrar, de modo inesperado, una confirmación de cierta parte del relato que "Pedro Prada" me hizo. Hace tres días, yendo yo a Hondaya, me saludó en el autobús un hombre de cierta edad, desconocido para mí, que resultó ser un republicano muy veterano de Valencia, militante anteriormente en el Partido Autonomista y ahora en Izquierda Republicana, quien se dirigía a la frontera para avistarse de nuevo con sus hermanas y no sé qué otros familiares, quienes al cabo de diez años había visto la víspera en el puente internacional. Mi interlocutor, casi saltándosele las lágrimas, me refirió la emoción de la entrevista y me enseñó, muy complacido, una cajetilla de tabaco de la fábrica de Valencia, de las que allí dan gratis a los obreros de aquella factoria. Pero vamos a lo importante y lo importante fué que dicho republicano recogió de sus hermanas que, por lo visto, anduvieron y andan muy metidas en política, la información de que en Valencia se mantenían estrechamente unidos republicanos, cenetistas y socialistas y todos ellos en torno de Alianza Nacional de Fuerzas Republicanas y en pro de la solución plebiscitaria, o sea exactamente lo mismo que yo había oído de labios de "Pedro Prada", y mi interlocutor, que reside en las cercanías de Burdeos, mostrábase alborozado por tales noticias. Yo no hablé a Vd. de Benito Gandásegui, sino de Benito Negueruela al citar a un viejo riojano residente desde hace muchos años en Bilbao donde adquirió bastante significación en el campo republicano. No sé de quién es el error, si de Vd. o mío... La persistencia con que Vd. mantiene su juicio sobre mi discurso de Burdeos me da idea de cuán profunda es su disconformidad con el mismo, sin que puedan servirme de consuelo los elogios que hace de su primera parte, pues, en todo caso, esos elogios los merecerán los Bancos a cuyas Memorias me atuve, porque yo no hice otra cosa que extractar las opiniones de ellos y resumir sus cifras. Deduzco de alguna frase de su carta que Vd. infiere que la actitud política reflejada en ese discurso mío se inspira en los ejemplos de Francia e Italia, o sea que me ajusto a una moda del momento. Y no hay tal, querido Amós. Para probarcelo haré un poco de historia que, además, servirá para descargarne de la imputación que tan reiteradamente me hace Vd. de desdeñar a liberales y republicanos. Voy a tomarlo desde un poco largo, desde mayo de 1945, cuando en San Francisco de California, instado por Gordón Ordás, a requerimiento de Martínez Barrio, el cual mostrábase interesadísimo en conocer mi opinión sobre lo que entonces se proyectaba, la expuse diciendo que constituiría grave error constituir un Gobierno, cuya ~~que~~ obligada inflexibilidad le conduciría al fracaso, por lo cual era preferible que de la reunión de Cortes, en la que tanto empeño se ponía, saliera una Junta de Liberación, más amplia y prestigiosa, si era posible, que la que nosotros formábamos, porque un organismo de ese género tendría - y nuestra actuación en San Francisco lo estaba demostrando, - mayor libertad de movimiento y ^{sexia} más eficaz. Gordón Ordás transmitió literalmente mi parecer a Martínez Barrio y éste decidió desoirlo. Creo que no le cuento a Vd. ninguna novedad, porque del caso hemos hablado en varias ocasiones. Si lo consigno es para buscar congruencia a mi resolución de no participar del Gobierno, resolución que plasmé en las dos negativas corteses que dí a Don José Giral cuando éste quiso hacermne ministro. En octubre de 1945

n
convaleciendo yo en New-York de las desventuradas operaciones que me hicieron en el Medical Center, fui invitado a trasladarme a Washington para ser recibido en el Departamento de Estado. Primeramente me negué, alegando que yo carecía de toda representación que me permitiera negociar nada y que, habiéndose constituido ya un Gobierno, lo más lógico era que concurriese un miembro del mismo. Por eso indiqué a Trifón Gómez, que se hallaba en New-York, de paso para Méjico. Mi excusa no fue admitida, diciéndose que era conmigo con quien se quería hablar, y entonces quise pararme en el mal estado físico, pero se me replicó que podía ir acompañado de mi médico y que, para mayor comodidad, tendría en el tren un apartamento reservado. No pude resistir más y, cediendo, fui a Washington, acompañado de Luis Araguistain. Recuerdo exactamente la fecha: el 26 de octubre, a la conferencia asistió, además de Araguistain, mister Loweston, alto funcionario de la Federación Americana del Trabajo, enlace de ésta con el Departamento de Estado y quien había sido mi porfiadísimo representante. En el Departamento de Estado se me hizo, en toda regla, una notificación, porque, en realidad, tuvo ese carácter, y la notificación consistió en hacerme saber que para que recibiéramos auxilio o cooperación del Gobierno Norteamericano eran indispensables de nuestra parte dos condiciones: primera, tranquilizar a la Iglesia Católica porque el Gobierno yanqui no estaba dispuesto a tener que hacer frente a cualesquiera conflictos que en la política interior del país pudieran provocar los veintitantos millones de católicos norteamericanos organizados políticamente a cuenta de intervenir en el problema de España, y segunda, que no tuviéramos contacto alguno con los comunistas. Las dos condiciones me fueron notificadas sin ambages, con toda claridad, con absoluta franqueza y sin circuitos diplomáticos. A mi podía serme ingrata la primera de las citadas condiciones y no la segunda, puesto que ésta se ajustaba estrictamente a mi criterio, pero decidí trabajar en pro de ambas, bajo mi vieja opinión de que el problema de España sólo podría resolverse desde el exterior y que para ello los Estados Unidos serían un factor decisivo. Aquel mismo día conocí por Don Guillermo Belt, Embajador de Cuba, la iniciativa del Presidente cubano, Doctor Grau San Martín, de mediar en el problema de España y supe que esa iniciativa se desarrollaba de acuerdo con el Departamento de Estado. ¿Cómo reaccionó ante ambas cosas el Gobierno español recientemente constituido? El 29 de octubre, apenas llegué a Méjico, llamé a Fernando de los Rios, Ministro de Estado, y le conté e por b, mis entrevistas en el Departamento de Estado y en la Embajada de Cuba. Por Fernando supe que la iniciativa del Doctor Grau San Martín se había estrellado contra la actitud intransigente de Martínez Barrio, Albornoz e Irujo. Fernando de los Rios expuso en Consejo lo que yo le había relatado y a Alvaro de Albornoz, Ministro de Justicia, le faltó tiempo para comparecer en una tribuna pública, arremeter contra la Iglesia Católica y decir que era preciso no dejar un arzobispo ni un obispo. Despues, el Sr. Giral, por propio deseo o por presión de Martínez Barrio, se empeñó en meter al partido comunista en el Gobierno. Al enterarme yo de semejante propósito provoqué una reunión del Grupo Parlamentario Socialista del que obtuve el acuerdo de reclamar del Jefe del Gobierno una reunión de Cortes antes de que el Ministerio fuese modificado. El Sr. Giral rechazó nuestra solicitud bajo la donosa e inadmisible alegación de que, siguiendo el Gobierno bajo su presidencia y atenido al mismo programa ministerial, no era menester conocer la voluntad del Congreso. Y se dió paso a los comunistas con el asentimiento de todos los componentes de aquel Gobierno, incluso Fernando de los Rios, quien en Washington, ante la Federación Americana del Trabajo, declaró categóricamente que el mismo día que entrarán las comunistas en el Gobierno, lo abandonarían él. Las dos condiciones del Departamento de Estado fueron destruidas ostensiblemente. Del efecto que esto produjo en aquel centro oficial tengo bastantes indicios, pero neces cosa de detallarlos aquí. Vea Vd. cómo lo ocurrido en Francia e Italia, aunque no lo desdeñe, sino que, por el contrario, lo juzgue beneficioso para España, no ha determinado una actitud mía que date de más lejos. ¿Con qué fundamento puede Vd. culparme de desdeñar a los partidos republicanos? ¿No será al revés? ¿No habrán hecho los republicanos algo peor que desdeñarme? A primeros de septiembre de 1947, con tres firmas respetables, la de Trifón Gómez, la de Antonio Pérez y la mía, el Partido Socialista se dirigió a esos partidos, que Vd. juzga desdeñados por nosotros, en muy atentas comunicaciones a las que se acompañaba el manifiesto recogiendo nuestros acuerdos de la reciente Asamblea

de Toulouse. Pues bien, Izquierda Republicana y Unión Republicana tardaron cuatro meses largos en darnos respuesta, que fué negativa. ¿Quiere Vd. mayor desdén que el significado por tanta demora? Pero algunos directores de esos Partidos no se contentaron con el desdén sino que se entregaron con donado a la injuria y a la calumnia, en privado y en público. Más que injurioso era calumnioso, en el fondo, el ya célebre "informe reservado" del Comité Ejecutivo Nacional de Unión Republicana. En mi poder tengo copias de cartas de algún ministro llamándose agente de los monárquicos. Y por si todo lo apuntado fuera poco, ahí están, para completarlo, las colecciones de "Política" y "Libertad", periódicos ambos redactados por funcionarios ministeriales y sostenidos económicamente por el Gobierno, plagados de reticencias contra mí, sin desdén alusiones "alVita" como una sombra deshonrosa para mí, "alVita" de cuyos recursos viven todos los miembros del Gobierno y sus subalternos; "alVita" que los ha sostenido a todos o a casi todos a lo largo de su expatriación; "alVita", cuyos fondos están dilapidando y agotando... Al llegar aquí me asalta el recuerdo de una escena violentísima que tuvo con Albornoz y de la que fueron testigos Giral y Esplá. Giral había encontrado pretexto para dimitir su cargo en la Junta de Auxilio a los Republicanos Españoles después de haber comprobado cuan ingrato y peligroso era actuar en ella e Izquierda Republicana había designado a Alvaro de Albornoz para sustituirlo. Pero Albornoz se apresuró a dimitir y yo me encaré con él para decirle que su posición no podía ser ~~más~~ más elegante, pues se inhibía de una misión ardua y cochina y yo tenía todos los meses que meter la mano en el saco para extraer un puñado de brillantes manchados de mierda a fin de llevarle el sueldo a su casa; cobrar de aquellos fondos le parecía magnifico y administrarlos repudiable. Igual conducta cabe atribuir a otros, que, merced a la formación de las instituciones, encuentran multiplicada su antigua pensión. Comprenderá Vd. muy bien, el asco con que le hablo de tales cosas pero he de hacerlo para revelarle cuál es el estado de mi espíritu. Mas aunque quiera dejarlas completamente a parte, seguiré considerando infundado su reproche de que yo, en Burdeos, desdeñé a los partidos republicanos porque ni siquiera los mencioné. Ya dije a Vd. que lo hice deliberadamente. Reflexione con serenidad y encontrará perfectamente lógico que yo trate de enlazar la acción del Partido Socialista con la de aquellas organizaciones que parecen aceptarla mas o menos explícitamente y en ese caso se encuentra el Sr. Gimenez Fernandez, representante de amplísimas masas, aunque difusas y sin la debida organización. Además, amigo Salvador, podría Vd. olfatear que yo, al proceder como procedo, no me desvío de conveniencias - todas dignas - que unas veces intuyo y otras veces se me indican. Hará algo más de un año, Rafael Supervía, correligionario de Vd., nos escribió a Carlos Esplá y a mí, transmitiendo impresiones muy autorizadas que él había recogido en Washington. No nos dijo, por discreción, quien se las había proporcionado, y luego supe que fué mister Warren, alto funcionario del Departamento de Estado y hoy Embajador en no sé que nación europea. Warren asistió en San Francisco a la conferencia que Albornoz, Gordon Ordás, Sbert y yo sostuvimos con mister Nestor Rockefeller. Warren dijo a Supervía, y dijo verdad, que yo no representaba suficiente fuerza política para producir en España el cambio que los Estados Unidos deseaban. Anduve y ando en busca de la fuerza que me falta. ¿Tengo yo culpa por no encontrarla? ¿Es que he de ir a buscarla allí donde ya se me ha negado? Contesto Vd por mí, querido Amós. Mis preocupaciones, en pro de una estrecha concordia entre socialistas y republicanos, van mucho mas allá del instante presente y la creo tan necesaria lo mismo si triunfo que si fracaso en mi empeño. En cierta ocasión, hablando con Esplá, le manifesté la alarma con ^{que} yo advirtiéndole la resurrección en el Partido Socialista de ~~una~~ ^{una} tendencia, que podría considerarse clásica, demostrarse indiferente ante las formas de gobierno. Pues bien, eso se va acentuando. Personalidades significadísimas del Partido vienen instándome, en cartas bajo su firma, a ceder a las pretensiones de aquellos monárquicos que aspiran a la restauración sin plebiscito. La actitud estupidamente injuriosa de muy calificados republicanos fomenta esa resurrección, contra la que vengo luchando. Sé que en el republicanismo serán pocos los que agradezcan, o siquiera reconozcan como meritoria, mi actitud contra tal tendencia. De esto le podría hablar mucho más, pero quizá rebasa los límites de la discreción, por lo cual pongo aquí punto

Pase a Esplá copia de esta carta. Un abrazo de